

decoraciones de lo interior, con las *N* coronadas de los Napoleones I y III y con las *lises* y las *H* de los Enriques (*Henri*) de la casa de Valois; *tolerancia* no siempre usada antes en este país, pero que es ya una gran conquista de la civilización, un hermoso progreso en las costumbres públicas. De estos *progresos*, ¿quién no ha de ser amigo? Réstame añadir que el actual emperador ha dado fin glorioso á la obra del *Louvre* y á las demás que inmortalizarán su nombre en la historia de las artes (á esto me limito, pues ni aun me acuerdo ahora de la política)—entre los grandes cuidados de su afanosa presidencia, de su golpe de Estado y de su terrible guerra de Oriente, verdadera guerra de Titanes.

Al pensar en estas cosas, no sé por qué me asalta un importuno recuerdo de la *Puerta del Sol*. ¿Será verdad, como leo en los periódicos de Madrid, que todavía continúa en el mismo ser y estado en que la encontró la revolución de julio, va para dos años?...

Consecuencia y moralidad de todo lo dicho;—que aquí la *administración* sigue su marcha fecunda con entera independencia de los vaivenes de la *política*; que al día siguiente de una revolución, por mas violenta que sea, los negocios, los grandes intereses permanentes en que se libran la gloria y la riqueza de la Francia, *continúan lo mismo que antes*. Las tradiciones no se rompen, los principios eternos del derecho se respetan siempre, por manera que la agitación no pasa de la superficie. Se cambian los colores del revoque, pero el edificio social permanece incólume. La bandera es otra, pero la Francia continúa siendo la misma.

XVII.

Paris, febrero, 1856.

No menos que las artes ocupan las letras á este emperador. Por decreto de 16 del actual acaba de acordar la publicación de todos los *antiguos poetas franceses*, hecha á expensas del Estado. Todo está previsto en el decreto, trabajo concebido con madurez y en un espíritu eminentemente liberal y patriótico. La colección constará de 40 volúmenes de 60,000 versos cada uno. Contendrá la primera serie los poemas nacionales en que están consignados los recuerdos caballerescos de la Francia y de la Inglaterra, «asociados en la imaginación de nuestros padres como en las proezas de nuestro tiempo,» dice políticamente el preámbulo;—es decir, el ciclo de Cárlo-Magno y del rey Artús. A ella seguirán los poemas de la antigüedad sagrada y profana, que comprenden los grandes episodios de la Biblia y las épocas mas importantes de la historia griega y romana, desde Hércules hasta Alejandro y desde César hasta Atila: luego vendrán los libros de caballerías y aventuras, concluyendo con los mas celebrados poemas satíricos y alegóricos de los tiempos medios. Otras dos series se destinarán, una á las composiciones cortas y otra á los poetas dramáticos. Ya tienen trabajo y provecho asegurados por algun tiempo los literatos eruditos, clase de productores intelectuales á quienes los libreros suelen dar muy poco ó nada que ganar, porque el resultado de sus trabajos, aunque muy glorioso y muy útil sin duda, es poco ameno, y el público á su vez, lo paga mal ó no lo paga; clase, por consiguiente, de aquellas que, *siendo necesarias en el Estado*, no pueden, sin em-

SEGUNDA SERIE.—1859.

bargo, subsistir si no las sostiene un gobierno bastante ilustrado,—bastante racional, diria mas bien, para conocer que no solo de pan vive el hombre; porque ¿quién ha de sostenerlas, si él las abandona? Esto es lo que no comprenderán nunca ciertos economistas míopes de la antipática escuela de los llamados *utilitarios*, casi estinguida ya aquí y en Inglaterra, pero muy floreciente todavía por desgracia en nuestro país. Cuando declaman contra los gastos que suelen hacer los gobiernos sin mas objeto que el de fomentar ciertos ramos de las artes y de las letras, poco ó nada productivos de suyo, esos menguados no ven mas allá de sus narices. Creen de buena fé atacar un *abuso*, y no conocen que lo que atacan realmente es la cultura y el honor de su nación.—

XVIII.

Boulogne-sur-mer, 24 de marzo, 1856.

En poco mas de seis horas, con dos solas breves detenciones, una en Amiens, otra en Abbeville, he llegado á este lindo puerto de mar desde París, de donde salí á la una de la tarde. Aquí se viaja como en otras partes se pasea, sin fatiga, sin molestia alguna, sin necesidad de mas preparativos que proveerse de fondos y de pasaporte; este último es todavía un resto de lo que me atreveré á llamar la antigua *barbarie*. En Inglaterra, adonde me llama un negocio imprevisto, se desconoce esa traba puesta en el continente á la libertad individual: traba tan molesta como inútil. Los ferro-carriles y el telégrafo eléctrico acabarán con ella, como los adelantos de la agricultura y las mejoras de la policía, en el sentido recto de esta palabra, han acabado con las hambres y las pestes periódicas que infestaban á Europa en la edad media. Dentro de dos horas podría, si quisiera, desembarcar en las blancas playas de Albion cruzando el canal con rumbo á Folkstone, que es desde aquí la travesía mas corta; cruzándole desde Calais á Dover, que es el viaje que hace el correo, basta una hora, razon por la cual aconsejo este camino á los que tienen la desgracia de marearse, cosa que en estas aguas tan estrechamente encajonadas entre las dos costas rivales en todo tiempo, pero hoy amigas, sucede con frecuencia aun á los viejos marinos, por poco revuelta que esté la mar.—Aunque hoy lo está bastante, voy sin embargo á tomar el rumbo mas largo, pero el mas pintoresco, segun me dicen, y ademas uno de los que no conozco; me embarcaré esta noche á las once en el hermoso vapor *la Pantera*, que hace la travesía por el Támesis,—y mañana, si Dios quiere, á las doce horas de navegación, llegaré á Londres.

XIX.

Londres, 26 de marzo de 1856.

El viajero que, no conociendo á Londres, quiera formarse cabal idea de la grandeza y magnificencia incomparables de esta llamada ciudad, que seria la primera del mundo si fuera realmente una *ciudad* (luego explicaré esta especie de enigma), debe procurar, si le es posible, verificar su entrada en ella por el Támesis, en un hermoso día de primavera; á la hora en que disipadas ya algun tanto las perpétuas y densas nieblas de la mañana, puede abarcar la vista atónita el asombroso espectáculo que ya desde Gra-

AÑO XVII. 45.

vesend presentan las dos riveras. Faltan las palabras para expresar dignamente la impresion que producen en el ánimo tantas maravillas juntas;—aquella infinidad de naves,—la hermosura de aquellas campiñas, sin duda las mejor cultivadas del mundo,—la actividad incesante de las pequeñas poblaciones por delante de las cuales va uno deslizándose como una flecha,—*Woolwick* primeramente con sus arsenales, sus astilleros y su famoso hospital militar; luego *Greenwich* con su celeberrimo observatorio, su grandioso palacio de la reina Isabel y su magnífico parque. Allí se ofrece un recuerdo muy triste para nosotros los españoles: casi enfrente de *Greenwich*, desarbolado y al ancla en mitad del río, uno de nuestros soberbios navíos de tres puentes, el *Trinidad*, á lo que aquí he oído, aunque no lo creo, pues recuerdo haber leído en las *Memorias del Principe de la Paz*, que este navío y otros se les fueron á pique á los ingleses poco despues del combate; el *Trinidad*, pues, ó tal vez el *San Ildefonso*, apresado como tantos otros en la desastrosa batalla de Trafalgar, está sirviendo de hospital para los marineros de todas las naciones,—hermosa inscripcion que recuerda las que se leen sobre las puertas de las Casas de Misericordia de Zaragoza, Toledo y otras ciudades de España: *Urbi et Orbi*.—Saludemos con respeto á ese mudo testigo de nuestra antigua gloria y de nuestra presente desgracia, y sigamos contemplando en las amenas riveras el pueblecito de *Deptford*, á cuyos afamados talleres fué en 1698 Pedro el Grande á perfeccionarse en el arte de la construccion naval; luego *Southwark*, que ya es un barrio de Lóndres; *Blackwall* y la isla de los *Docks* ó muelles. Momentos despues, el barco que á uno le lleva, aun cuando sea un vapor de dos mil toneladas ó un navío de guerra, pasa por encima del singular puente denominado el *Tunnel*,—otra maravilla de que la imaginacion acierta á duras penas á darse cuenta, pues lo natural es que los barcos pasen por debajo de los puentes, y un puente y no otra cosa es el *Tunnel* en resumidas cuentas, solo que en vez de ser *super* es *sub-fluvial*. Ya entónces ha llegado el viajero al término de su viage; ya le faltan pocos minutos para pisar el suelo de Lóndres, despues de desembarcar junto al colosal puente nuevo de este nombre, enfrente de la Aduana (*Common-House*) y en el corazon mismo de aquella parte de la capital que por antonomasia se llama la ciudad (*the City*). Es realmente la única que merece este nombre.

Y aquí viene bien la prometida explicacion de las palabras que al principio de este artículo calificué de una especie de enigma, pero que bien consideradas encierran una verdad palmaria. Lóndres no es una ciudad, en el sentido que damos en el continente á esta palabra. O sino, dígame, ¿dónde empieza, dónde acaba Lóndres? Una vasta extension de terreno mas ó ménos poblado, sin límites conocidos, sin principio ni fin, á la que unos atribuyen cincuenta millas de circuito, otros mucho mas y otros mucho ménos, no realiza de manera alguna la idea que los europeos nos formamos de una ciudad, ó sea de un terreno circunscrito por algo, ya este algo se llame murallas, puertas, barreras ó siquiera campos ó monte ó tierras de pan llevar. Nada de eso hay en Lóndres: aglomeracion inmensa de casas, interrumpida con frecuencia por extensos terrenos no poblados á que dan el nombre de *parques* y que suelen dejar entre una casa y la inmediata siguiente una distancia de media legua, será todo lo que se quiera, una *metrópoli*

poderosa de un poderoso reino, un *emporio* de riqueza y civilizacion, una gran *poblacion* cual de seguro no hay otra en la tierra, pero no es una ciudad en el sentido recto y legítimo de este vocablo.

No es esta la única inversion ó subversion de las ideas generalmente admitidas en el resto de Europa que el viajero debe esperarse á encontrar en Lóndres y, mas aun, en otros pueblos de Inglaterra, ménos *europizados* (permítaseme la expresion) por su menor roce con gentes de otros países. Los ingleses, sea dicho sin ofenderlos, son los chinos del Occidente; todo lo ven, todo lo hacen de distinta manera que los demás europeos. ¿Son ellos los que ven y hacen las cosas *al revés* ó somos nosotros? Cuestion es esta que no me atreveré á resolver, pues si por una parte parece que la razon debe estar del lado de los mas, por otra la experiencia nos prueba que los ménos, que en esta cuestion son los ingleses, no solo se hallan muy bien con su modo original de ver y obrar, sino que aducen argumentos muy sólidos para demostrar su excelencia relativa. Es incalculable el número de cosas que en Inglaterra pasan de distinto modo que en todas partes; á veces no es solo de distinto modo, sino enteramente á la inversa. Al principio, esas singularidades británicas chocan al viajero lo que no es decible y le irritan y le exasperan hasta el punto de parecerle absurdas, irracionales, odiosas. Algunos, exageradamente apegados á los hábitos de su tierra, perseveran en esta injusta opinion toda su vida, y para ellos ya se sabe que Inglaterra es un país inhabitable y Lóndres un pueblo de bárbaros ó de locos; el viajero bastante culto para ser tolerante, y de suficiente criterio para conocer que nada de lo que hacen los pueblos, ni aun lo que mas extravagante parece á primera vista, deja de tener su razon, lo que hace es disimular buenamente los primeros dias la extrañeza que le causan las cosas y las costumbres que ve y no se explica, resignarse á las pequeñas incomodidades que le acarrearán, y luego estudiarlas y esforzarse por desentrañar la razon de lo que le choca, que de seguro la hallará si es discreto y observador.—En todas partes este consejo es bueno de seguir; en Inglaterra, mas que en ninguna, por muchas causas facilísimas de comprender, y sobre todo por que Inglaterra es el país que mejor justifica con su ejemplo la bondad, aunque oculta á primera vista, de las ideas y de las costumbres que á tanta altura la han levantado sobre el nivel comun de las naciones continentales.

XX.

En los primeros dias de su residencia en Lóndres el forastero no hace mas que caminar de sorpresa en sorpresa; sobre todo, si tiene la desgracia de no conocer la lengua del país, y no va recomendado á algun indígena ó á algun compatriota, ya práctico, que lo guie en aquel intrincado laberinto, su suerte es verdaderamente digna de lástima. Lóndres no es una residencia simpática al extranjero, acomodaticia y hospitalaria, como París y todas las grandes ciudades de Francia; nada atrae en ella, nada seduce á primera vista: todo, inclusa la satisfaccion de las primeras necesidades de la vida, se presenta erizado de dificultades. Al que no se explica en un inglés muy correcto y sin el menor acento extranjero, nadie lo entiende; es difícil formarse idea de la rudeza de los ingleses en este

punto. Muchos creen que no es rudeza sino intolerancia y mala voluntad lo que los mueve á contestar con un seco *I do not understand* (no entiendo) á toda frase en que haya la mas pequeña infraccion del increíble conjunto, no de reglas, sino de excepciones y anomalías que constituyen esa cosa que se llama la lengua inglesa. Yo creo en efecto que hay algo de intolerancia y de orgullo nacional (muy legítimo por cierto) en la pretension que tienen los ingleses de que todo el mundo hable como ellos, so pena de que no lo entiendan; pero imaginarse, como se imaginan muchos extranjeritos, que afectan no entender por pura malevolencia, es una necedad: la verdad es que realmente no entienden mas que al que habla con suma propiedad su lengua, porque esta es de suyo tan revesada, de sonidos tan vagos y dudosos, de una construccion tan caprichosa y original, que ellos mismos suelen no entenderse unos á otros; esto se ve con mucha frecuencia de una manera palmaria en ciertos apellidos que cada cual pronuncia y escribe como Dios le da á entender, lo cual suele producir complicaciones tan graciosas como trascendentes. Sabido es que hasta hace pocos años no se ha descubierto la verdadera ortografía de uno de los mas grandes nombres de Inglaterra, el del eminente poeta Guillermo *Shakspeare*. Por mucho tiempo se estuvo escribiendo con una *e* despues de la *k*: el hallazgo de la única firma autógrafa que existe del insigne autor de *Otelo* y de *Enrique VIII*, la cual se conserva como una reliquia de inestimable valor en un escaparate del Museo británico, ha venido á excluir á esa *e* parásita del puesto que tenia audazmente usurpado sin hacer allí maldita de Dios la falta, pues lo mismo suena el nombre con ella que sin ella. Verdad es que eso mismo sucede á la otra *e* final, que tampoco suena para nada, y que tal vez sea otra intrusa, así como es seguro que bien se podrian eliminar ó sustituir con otras, hasta tres ó cuatro de las letras que entran en la composicion de ese apellido, sin que por ello se alterase notablemente su naturaleza eufónica: siempre sonaria lo mismo; siempre resultaria un sonido eminentemente *indeterminado*. Este es el carácter esencial de las desinencias inglesas y el origen de la inmensa dificultad que nos ofrece su pronunciacion á los que hemos mamado con la leche el hábito de articular bien, concretando, digámoslo así, en sonidos tersos, limpios y fijos, los privilegiados idiomas de las razas latinas. Claro es pues que esto se aplica sobre todo á los españoles y á los italianos, que poseemos las dos lenguas mas puras y directamente derivadas de la lengua del Lacio, tanto que bien puede decirse que el español es el *hijo*, y el italiano la *hija* del latín. Las otras lenguas de igual procedencia no son mas que sobrinas ó nietas de la que hablaban Ciceron y Virgilio.

Pero supongamos que el forastero recién llegado á Londres, ó posee corrientemente el inglés ó tiene quien le allane las mil dificultades que acarrea su no posesion; todavia le aguardan muchos sinsabores en los primeros dias de su residencia entre las nieblas del Támesis. Con esto acabo de nombrar uno de los mayores inconvenientes de esta ciudad para el recién llegado: hasta que uno se aclimata en esta densa atmósfera, las *nieblas* (agravadas por las perpétuas emanaciones del carbon de piedra, único combustible usado aquí, con una profusion que hacen necesaria el rigor del clima, por una parte, y por otra las exi-

gencias de una industria fabril activísima), son la pesadilla y el tormento del pobre forastero. Todo se impregna en el fétido olor de la niebla y del humo del carbon de piedra: el agua huele á humo, el pan sabe á carbon; á cada momento tiene uno que estarse lavando las manos y mudándose de ropa blanca, porque si no el sabor, toman el olor y sobre todo el *color* de este fósil. Otro grande inconveniente de Londres, para el que no está acostumbrado, es la enormidad de las distancias, la cual está fuera de toda proporcion con lo que se ve en cualquier otra parte. Empieza por sorprender y acaba por encolerizar al mas paciente el ver que anda uno millas y millas y todavia está muy lejos de la casa adonde va de visita ó del establecimiento adonde le llaman sus negocios ó la curiosidad: el dia se pierde en *ir*, siempre *ir*, y luego apenas queda tiempo para *estar* y *ver*. Cierto que hay para estas caminatas el recurso de abundantes carruages, que encuentra uno á cada paso, *ómnibus*, *cabs* (coches), *han-sons* (cabriolés de dos asientos que guia un cochero sentado en un alto pescante desde la trasera); hay tambien infinidad de barcos que, á manera de *ómnibus*, surcan el rio á todas horas trasportando pasajeros á todos los puntos de las orillas por un penique ó por medio; hay, por último, (casi es excusado decirlo), excelentes carruages que se alquilan por temporada á precios convencionales, y ¡qué precios!..... pero todos estos medios de locomocion tienen sus inconvenientes particulares. En los *ómnibus* y en los barcos, que son baratos, se pierde mucho tiempo, porque á cada instante se paran para recoger ó dejar pasajeros; los *cabs* y los *han-sons* son caros en la práctica, aunque la tarifa porque deben regirse los cocheros es muy racional, pues prescribe que se paguen 2 chelines (unos 10 reales) por hora, y si se toman por distancias, solamente 6 peniques (algo mas de 2 reales) por milla; pero como los cocheros mismos son los que calculan el número de millas recorrido, resulta que siempre hay que andar en disputas con ellos por la mala fé con que multiplican indebidamente las millas, exigiéndole á uno cuatro cuando en realidad no ha andado mas que dos. En tales casos, no hay mas remedio que pagar, andar á trompis con el cochero ó apelar á un agente de policía (*policeman*), árbitro supremo en esta y en toda clase de litigios de menor cuantía. El *policeman* es la providencia del forastero en Londres, y una de las mas excelentes instituciones inglesas, por la manera admirable con que funciona *exclusivamente para el bien*, sin causar nunca la mas pequeña vejacion ni aun la incomodidad mas insignificante, en lo cual se diferencia esencialmente de sus *colegas* del resto de Europa, que parecen creados expresos para molestar á las personas inofensivas, siendo con harta frecuencia inútiles para prevenir ó castigar el mal. Representacion viva de la ley, el *policeman* obtiene aquí un respeto de que, solo viéndolo, es dado formarse idea; y ese respeto que en él se tributa á las instituciones del país, al gobierno, en una palabra, á la *LEY*, de la que es en cierto modo el último escalon, y como ya he dicho, una especie de representacion material puesta al alcance del pueblo, es el verdadero origen de la grandeza y de la prosperidad prodigiosas de la nacion inglesa.

No se puede dar cien pasos en Londres sin encontrarse con un *policeman*. Vestido con pantalon y frac de paño azul con boton de plata, sombrero redondo con copa de hule,

corbatin y guantes de hilo blanco, sin mas armas que el prestigio de su nombre, véelos pasear grave y pausadamente por los distritos que les están asignados, serios, muy espetados, sin meterse con nadie, pero prontos siempre á acudir con la velocidad del rayo adonde quiera que su intervencion puede ser útil. Si ocurre una riña, un atropello, un accidente cualquiera, en el acto se reunen como por encanto diez, quince, ciento, todos los que se necesiten para que *triunfe la ley*.

Regla general: la ley triunfa siempre en Inglaterra.

EUGENIO DE OCHOA.

(Se continuará).

LOS SEIS SUEÑOS DE UN PINTOR.

I.

Terminaba una noche de noviembre, una noche oscura, húmeda y fria, de esas que señalan la brusca invasion del invierno, cuando ya está perdido el último ambiente del otoño cuyo perfume recordaba un paseo vespertino y prometia un paseo matinal.

Juan Rodriguez aun vestido con su levita negra, cubierto aun con el sombrero sin copa de sus expediciones veraniegas, bajaba por la calle del Prado sin un real en las faltriqueras de su pantalon de lana dulce, sin una esperanza en su alma de amante y de pintor.

Juan Rodriguez andaba despacio como quien camina al acaso; llevaba las manos en los bolsillos del pantalon; el sombrero de fieltro inclinado sobre el ojo izquierdo como si quisiera ocultar hasta en las solitarias calles que atravesaba, su rostro afeado por una barba de tres dias, y la cabeza caída tambien sobre el pecho como si cansada ya de trabajos inútiles, hubiera dimitido su cargo de dirigir aquel cuerpo.

Paso tras paso llegó Juan Rodriguez á la plaza del Congreso; apoyóse en la columna de un farol cuya luz se conservaba por casualidad luchando con los preludios de la del dia; sacó de su levita una carta cuyo sobre-escrito contenia en letras claras su nombre; miró y remiró el sello bien vulgar de aquella carta, y como si para nada se tratara de su persona la volvió á guardar cerrada en el mismo sitio.

Luego sepultó nuevamente sus dos manos en los bolsillos, y sin contraerse siquiera con el frio penetrante de la mañana volvió á caminar hacia el Prado, parándose antes para dejar el paso á una soberbia berlina, cuya ventanilla le deslumbró presentando ante sus ojos un femenino y angélico semblante cuidadosamente rodeado de terciopelo blanco.

Aquella berlina ostentaba la última fase de la dicha cortesana; la salida de una fiesta prolongada hasta la mañana; acaso la vuelta á su muelle retiro de una pareja tan juvenil como enamorada.

Juan Rodriguez, pintor, enamorado tambien, que despedido por su patrona habia pasado la noche midiendo las calles de Madrid, dirigió al carruaje una mirada profunda y angustiosa, una de esas miradas exentas de aborrecimiento, llenas de duda y de pesar, que son peculiares á los que se creen repentinamente detenidos en el camino del bien, cuando la juventud y la conciencia les guaban unidas por aquella senda; y sin alterar un instante su paso, ni levantar

una vez sola la cabeza dejó á la espalda la carrera de San Gerónimo y llegó lentamente hasta la entrada del jardin Botánico.

Un portero madrugador acababa de hacer girar sobre sus goznes las puertas de hierro que miran al Museo, sin sospechar siquiera que á tales horas pudieran llegar curiosos.

Penetró, pues, Juan Rodriguez en el jardin y le cruzó en toda su estension antes de que se fijara en él la mirada de ningun guarda.

Ya en el opuesto extremo, dejóse caer sobre un banco de piedra colocado junto á un añoso plátano; volvió la cara á la luz melancólica que comenzaba á rasgar los últimos y ténues velos de la noche; apoyó la espalda en el tronco del árbol; estendió las piernas á lo largo del asiento, y quedó dormido poco á poco entre la niebla de la mañana, viniendo con su joven naturaleza el frio y la humedad de aquel parage.

II.

Sonaba Juan Rodriguez.

Su alma que él juzgaba desde largo tiempo libre del dominio de la fantasia y solo dirigida por el buen juicio, su alma juvenil que habia mil veces exagerado hasta el absurdo los males y los bienes del pobre Juan, adquirió durante aquel sueño mayor sinceridad que cuando el artista estaba despierto, y como entonces no tenia que echárselas de impasible ni de filósofo, Juan Rodriguez, ó por hablar mejor, el alma de Juan Rodriguez, se dejó absorber por la imaginacion.

Sonaba el pintor.

Primero vió una esposicion de bellas artes: magnífica, grandiosa esposicion; salones de mármol y de oro que contenian obras sublimes robadas de la mansion de los ángeles; y allá en el fondo un cuadro superior á todos, que atraia incesantemente á la multitud siempre agrupada frente á él. Mujeres, críticos, periodistas, hasta académicos ensalzaban la obra disputándose la palabra; quién señalaba una cabeza de inimitable colorido: quién mostraba con el orgullo del entendido, el dibujo apenas perceptible de una figura perdida entre sombras; quién anunciaba como un descubrimiento el tono suavísimo de la composicion; todos se apiñaban, se disputaban por ensalzar, por convertirse en elogios y al final del entusiasta grupo una muger de angélico rostro, cubierta con un abrigo de terciopelo blanco, leia en voz alta la firma del cuadro supremo que decia «Juan Rodriguez.»

Estasiábase yá la mente del artista saboreando aquella vision, mientras el sol haciéndose lugar al través de la niebla mandaba hasta el rostro de Juan algunos de sus primeros y pálidos rayos.

Pero el pintor estendió sin saberlo sus piernas entumecidas y cambió muy luego de sueño.

Vió despues un estudio inundado de luz; no ya colocado en la fabulosa altura de un sexto piso; sino en el principal de un palacio edificado como auxiliar del estudio. Habia en aquel taller divanes de raso blanco cubiertos de vejigas de colores; pebeteros de plata, caballetes de ébano, inmensa coleccion de vasos preciosos, pipas de ámbar, veladores filipinos sosteniendo botellas de Chipre y de Jerez que escanciaban en copas de Bohemia, no una, sino seis Fornarinas voluptuosas y risueñas cuyas formas ideales eran el último estímulo del pincel. En medio del artístico

templo, Juan Rodríguez diseñaba una sacra familia concediendo alguna mirada á las seis diosas de su inspiracion. Paul Delaroche le presentaba con respeto una paleta; Haes miraba desde un cogin las sublimes pinceladas del maestro que colocaba dos árboles en el fondo de su bosquejo, y otra turba de célebres pintores, los mas ilustres de cada nacion contemplaban mudos y absortos la obra del autor español que apoyaba los pies en un tapiz de Persia y recibia en la frente el soplo invisible para todos y perceptible para él del ángel de las artes.

Ya creia sentir Juan Rodríguez chispear bajo sus labios sedientos algunos de aquellos vinos regalados; ya notaba el temblor del lienzo bajo la suave presion de su pincel; ya percibia en torno suyo esa atmósfera de expansion y de dulce contento que acompaña siempre á la holgura compartida con los que amamos, cuando una oruga del plátano en que se apoyaba entró audazmente por la bocamanga de su levita, y fué á pasearse con descaro por el antebrazo del pobre Juan.

Dió el artista una vuelta repentina que arrojó con violencia á la adherida larva, y quedó dormido sobre la estrecha orilla del banco de piedra, totalmente bañado por los benéficos rayos del sol.

Poco á poco se normalizó nuevamente su respiracion, y Juan Rodríguez siguió soñando.

Vió entonces una casa de campo situada entre árboles y flores en la vertiente meridional de una colina cuyos pies bañaba un rio tendido en largo remanso; dos vacas y un caballo pacian tranquilamente cerca de aquel rio, y mas arriba, hacia la mitad de la pradera que separaba la casa del agua, dos niños de rubios cabellos jugaban riendo con un blanco y paciente cordero. Y mirando mas todavía, hacia el fondo de la perspectiva, casi tocando á la yedra y al jazmin que tapizaban las paredes de la casa, Juan Rodríguez se vió á sí mismo sosteniendo en las rodillas la hermosa cabeza de una muger que, tendida sobre el césped, leia en un diario extranjero elogios brillantes de un cuadro del señor Rodríguez comprado por un monarca para la mejor sala de su museo. La mano de Juan ahuecaba el pelo sedoso de la lectora, que tenia un extraño parecido con la verdadera amada de Juan; y en último término una anciana de rostro apacible, bien semejante al de la madre del pintor, tendia sus manos sobre las cabezas de los dos jóvenes, y decia con santo cariño: seguid, hijos míos. Luego se apartaba el artista blandamente de aquel adorado grupo, y montando con gallardía en un corcel sevillano, corria hasta la próxima aldea; allí prodigaba consuelos, vertia sobre los pobres el oro de sus cuadros; se colocaba cerca de los enfermos y á fuerza de solicitud los arrancaba á la muerte; despues volvía tranquilamente á su modesto retiro, donde dos hijos y una esposa y una madre le aguardaban con tierna impaciencia....

Y el artista vió distintamente la cara bellísima de su casta muger, y distinguió la voz amante de su madre, y sintió alrededor de su cuello los brazos delicados de sus hijos, y estendió él los suyos para colmarlos de caricias; pero sus brazos al estenderse desnivelaron el peso de su cuerpo, y Juan Rodríguez cayó al suelo desde el banco en que dormia, y despertó suspirando al caer.

Eran ya mas de las ocho de la mañana. Centenares de pardillos y gorriones, pájaros que en nuestros climas son el

concierto de toda estacion, piaban en los árboles del Botánico con el mas armonioso desórden; un perfume húmedo, pero grato y penetrante, brotaba por todas partes de aquel jardin cosmopolita, y el sol de noviembre, libre ya de nubes y de nieblas, inundaba de alegría las calles del vasto recinto.

Nada conmovió el alma del pintor en aquel animado cuadro. Juan Rodríguez sintió frio; notó mas que de noche la notable frescura de su traje; se vió solo, se palpó húmedo; aunque habia cenado la noche precedente tuvo por la punzante irritacion del hambre lo que era simple indicacion de su ordinario apetito; llevado de su filosófica manía se juzgó bastante fuerte para someter su situacion á lo que llamaba él examen imparcial de su razon fria, que era en realidad someterla al impetuoso vuelo de su loca imaginacion. Y recordando sus tres dulcísimos sueños y viendo pasar por la vecina calle de árboles á una opulenta familia, comparó sus trages y sus semblantes y sus estómagos con los que á la sazón poseia él; reparó en las naranjas con que jugaban los niños, y en la costosa flor que lucia la hija mayor, y hasta se fijó, que nunca en tales cosas habia pensado, en los brillantes botitos del último que miró.

Renacieron entonces en su alma todos los dolores de su vida; comparando su estado de aquel instante al que, pocos antes, le habian prestado sus sueños, maldijo su destino con profunda aunque no sólida desesperacion, sin gestos, sin palabras; y si un momento pensó en vencer con mayores esfuerzos aquel miserable abandono, muy luego rechazó con la mente como inútiles los mas constantes y mas heroicos sacrificios; creyó que nada le quedaba por sufrir, y que nada le quedaba por hacer; tuvo una vision de suicidio, y cayó en esa inercia desconsolada que causa la falta de fe, en esa inaccion moral que los románticos llaman parasismo, los filósofos escepticismo y los médicos estupor; quedó sentado como antes al sol cada vez mas vivificante, con los pies nuevamente colocados sobre su banco de piedra, la espalda reclinada en el ancho tronco del plátano, y los brazos cruzados sobre el pecho.

Pero al tocar con la mano derecha el lado izquierdo de su pecho, Juan Rodríguez sintió bajo sus dedos el ruido de un papel. Era la carta que no habia querido abrir; una carta del correo interior, que le habian entregado la víspera en el café; donde podia venir todo, desde la muerte de su amada hasta la riqueza del mismo pintor.

Juan Rodríguez sacó la carta de su bolsillo, metió el pulgar en el hueco de su sobre, y comenzó lenta y distraidamente á romperle; de repente paró como si se hubiera contenido al principiar una niñada; se reprendió severamente por haber esperado algo de aquella carta, él, que, segun sus ideas, nada tenia que esperar, y la guardó triste y resuelto en el bolsillo de su levita para cuando nada le importase su contenido.

Despues buscó en el sueño los consuelos que acababa de pedir en vano á su mente, y como no habia dormido aquella noche, quedó á poco dormitando bajo el benéfico influjo del sol que calentara en pocos instantes sus ateridos y humedecidos miembros.

III.

Soñaba Juan Rodríguez.

Primero vió un café concurrido y espléndido, donde mil



jóvenes inspirados llegaban á contar sus triunfos artísticos. Juan Rodríguez, que no mucho antes participaba de aquella gloria, vagaba á la sazón hacía las puertas del café, sosteniendo desesperadamente la lucha de su dignidad contra su hambre. Pegados á la cintura sus codos escuálidos, hecha girones una levita negra que cubría sola su cuerpo en la mitad de diciembre, falto de alimento, pálido y demacrado, el infeliz pintor ocultaba su rostro, donde asomaba tenaz y desgarradora la primera lágrima arrancada por la necesidad. Llegaba empero un instante en que sin fuerzas ya para acallar el grito inapelable de su estómago irritado y exhausto, poseído del frenesí que engendra el hambre, el pobre artista tendía su mano ya huesosa y oscura al primero que se paraba frente á él. Y Juan Rodríguez, siempre soñando, se veía distintamente pidiendo limosna á uno de sus antiguos amigos; y continuando su triste sueño oía luego los pasos indiferentes y sonoros de su pasado compañero, que decía al despedirle: «perdone vd., hermano,» exactamente como había dicho antes en el café: «chico, otro vaso de agua.»

Por fortuna de Juan, ó de su sueño, uno de los alegres gorriónes bajó á cantar hasta la última rama del plátano, y sus notas agudas despertaron un minuto al artista, que volviendo después su cara á otro lado, continuó durmiendo y soñando.

Vió entonces una calle animada, por la cual bajaban al Prado, brillantes de elegancia y deslumbradores de belleza, millares y millares de mugeres. Un hombre apoyado en la pared, que había implorado inútilmente la caridad de los transeúntes, caía de pronto en medio de ellos, presa de un ataque epiléptico; huían aterrorizadas las mugeres ante las violentas convulsiones de aquel mendigo; mirábanle indiferentes los viandantes, y solo cuando la ciega impetuosidad del mal había roto sobre la acera la cabeza del enfermo, dos artesanos le recogían, venciendo con trabajo su repugnancia, y le llevaban caritativamente al hospital con la limosna que le arrojaran sus espectadores. Pero lo triste, lo inícuo de aquel sueño era que cuanto más miraba el pobre Juan, más semejanza descubría entre su rostro y el del enfermo mendigo; era que al lanzar una mirada escrutadora á los que después de verle sufrir tan horriblemente caminaban alegres hacía el Prado, descubría entre las que habían echado dos cuartos á los pies del mendigo, la cara risueña y siempre encantadora de la novia de Juan Rodríguez.

Con tan crueles ficciones su respiración se agitaba desigual y angustiosa; saltaban conmovidos sus nervios, y se oprimía afectado su pecho.

Una gota de escarcha líquida que las hojas del plátano dejaron caer sobre su frente, puso fin á la insufrible tortura, y el pintor, volviéndose medio despierto, continuó durmiendo del otro lado, llevado quizás de esos movimientos instintivos que obligan á buscar en el sueño remedio para los males que el sueño causa.

Pero estaba escrito que no había de hallar tregua ni reposo, y Juan Rodríguez siguió soñando.

Y volvió á verse á sí propio, sin poder ya dudar de que era él, con su misma mirada, con su misma voz. Hallábase á la puerta de un hospital, envuelto en una raída manta, larga la barba, cubierto el rostro de sucios granos, angustiosa y puntiaguda la faz; apoyado el cuerpo en un par de muletas. Poco á poco conseguía llegar á otro paseo, y cuan-

do quería implorar la caridad de sus hermanos, un soldado le obligaba á marchar entre amenazas y gritos; huía temeroso el pobre pintor, y á tropezones, apoyándose como podía en sus desiguales muletas, andaba, andaba, andaba sin pararse y sin respirar, hasta pisar una carretera desierta, lejos ya de las puertas de Madrid. Entonces caía en una zanja, y mientras llegaba la noche, fría y negra cual nunca la había visto, exalaba él sordos quejidos, sin atraer con ellos otros seres que algún muchacho medio desnudo, cuyo semblante desaparecía de la orilla del camino luego que su vista descubría el aspecto horroroso de aquel viviente esqueleto, medio sumergido en el fango del barranco.

Al fin cuando el pobre pintor veía llegar su último momento, pasaba cerca de él un distraído anciano que recogía plantas en el borde mismo de la zanja, y Juan Rodríguez, reuniendo sus postreras fuerzas, sin aliento ya para levantarse, quiso gritar, quiso mover los brazos: y le faltó la voz y le fué imposible el movimiento; siguió el infeliz afanándose en vano, y creció más y más su horrible tormento, y oprimióse el pecho como si sobre él descansara una torre. Hizo por fin un desesperado esfuerzo, levantó los brazos, y...

Y lanzándolos con violencia fuera del banco de piedra en que dormía, cayó al suelo por segunda vez y despertó.

IV.

Juan Rodríguez al verse despierto empezó por tocar todo su cuerpo para persuadirse de que estaba sano; dilató luego sus pulmones con el aire puro y embalsamado que le rodeaba; pasó la mano por la frente como si aun le persiguieran las terribles fantasmas de sus sueños, y lleno de gozo dió después gracias á Dios por aquella existencia antes tan maldecida, y por aquel aire antes no agradecido y por la luz brillante de aquel magnífico sol.

En seguida, deseoso de suprimir lo que aquel su exagerado abandono tenía de supuesto y de imaginario, abrió la carta y la leyó. Aquella carta no anunciaba la muerte de nadie, ni el repentino y fabuloso enriquecimiento de Juan Rodríguez. Era una carta mejor que todas las por él soñadas, una carta verosímil, una carta sincera que decía solamente:

«Querido Juan: el año pasado viví contigo dos semanas, y pinté en tu estudio dos de mis mejores cuadros: héclo con la sola condición de que me pagaras indefectiblemente. Hoy se ha ido mi mamá y estoy solo por tres días. Escoge entre acompañarme tres días ó perder para siempre la amistad de tu

LUIS.»

Juan Rodríguez caminó directamente á casa de su amigo, donde podía ganar lo que todos los pintores han ganado alguna vez con un cuadro: cinco duros para ablandar á una patrona, para poder pintar y crecer lentamente.

Juan Rodríguez había curado de su más grave enfermedad, la enfermedad filosófica; había suprimido su mayoral, el mal de imaginación.

Había comprendido sin leerlas las santas y sublimes palabras: pues que la montaña no viene hacia mí, iré yo hacia la montaña.

PIO GULLON.

EL NILGÓ.

Los animales que representamos pertenecen á la familia de los antílopos del orden de los rumiantes.

Un antílopo es un rumiante á causa de su estómago dividido en cuatro aposentos, y sus pezuñas hendidas; no son ciervos, porque sus prolongados cuernos son persistentes; no son animales parecidos á las girafas, porque sus cuernos no están rodeados de piel; no son ni bueyes, ni carneros, ni cabras, porque el hueso de sus cuernos es plano, siendo este el carácter propio de los antílopos; y aunque estos caracteres pueden emplearse para distinguir fácilmente los antílopos de otros rumiantes, es nuestro deber hacer resaltar lo que tienen de comun con los otros animales del mismo orden, y demostrar que participan de todos á la vez.

Tratando de las formas, vemos por una parte los antílopos tan pesados como los bueyes, por otra ofrecen el aire y formas de un carnero; uno se parecerá á la cabra hasta el punto de engañar á un observador inexperto; otro por sus esbeltas, elegantes y ligeras formas nos parecerá que se acerca á los ciervos.

El pelaje, algunas veces, aumentará los parecidos de estos animales con los otros; en fin, hay ciertas especies que tienen grandes analogías en la forma con el caballo.

Si examinamos sus largos cuernos, podremos encontrar todavía muchos parecidos entre las diferentes clases de rumiantes y la que nos ocupa; uno llevará cuernos ó cercetas que recordarán en cierto modo las astas de los ciervos; otro largos cuernos análogos á los de ciertos bueyes; pero el mayor número se presentará con cuernos de cabra y de carnero.

Por la altura los antílopes difieren mucho entre ellos; se encuentran gigantescos que alcanzan las dimensiones de nuestros grandes bueyes de Europa: otros son de pequeña altura. El nilgó es de una altura regular.

Los nilgós (*Antilope pata*), tienen su origen en la India y mas principalmente en la cuenca del Indus y en las montañas del Kachmir. Estos animales que viven en numerosas manadas habitan los bosques mas espesos de su patria, y no salen mas que á la mañana ó durante la noche para buscar su alimento.

Son casi tan grandes como los ciervos de Europa; el macho lleva dos cuernos fuertes, muy cortos, un poco vueltos hácia adelante, teniendo en su base una prolongacion triangular y tuberculosa, que se la puede considerar como un rudimento de cercetas; la hembra no tiene cuernos.

La piel de estos animales es muy digna de considerar porque encontraremos en ellos una escepcion casi única en la clase de los mamíferos. En efecto, lo que sucede tan frecuentemente entre los pájaros, podemos observarlo en el nilgó. La piel del macho es distinta que la de la hembra; la de ésta es un gris leonado con los miembros mas leonados, mientras que la del macho es un gris ceniciento, con los miembros de un bello negro. El macho joven conserva hasta que es adulto el pelo de la hembra y no toma su color hasta los dos años que ya está completamente desarrollado. El macho, así como la hembra, llevan en las patas dobles anillos blancos que dan á los miembros de estos animales la mas grande elegancia; los bordes del labio superior, la quijada inferior, la garganta, el bajo vientre, la parte pos-

terior y la de debajo de la cola, son blancas. En el macho se ve una vedija de pelos debajo de la mitad del cuello y una erin por encima que se prolonga hasta la mitad del lomo. Al extremo de la cola tiene tambien un penacho de pelos. La hembra tiene estos mismos adornos pero menos largos y concluidos. La disposicion de los colores, la espesura del pelo y hasta la pendiente inclinada del lomo de estos animales que tienen las ancas mas bajas que las manos, le da una forma estraña y elegante.

Hace tiempo que los nilgós vinieron á Europa por la primera vez; pero no ha habido nunca tantos como hoy. Todas las casas de fieras, todos los jardines zoológicos, poseen estos preciosos rumiantes. El museo de París, el jardin de Londres, los de Amsterdam y Amberes, de Gante, de Bruselas, el jardin de aclimatacion de S. A. el príncipe A. de Demidoff en Florencia, el del doctor Prestre en Caen, ven cada año reproducirse este precioso antílopo, y á pesar de la diferencia de nuestro cielo con el del pais donde la especie parece haber sido encerrada por el Creador, los jóvenes crecen y se desarrollan sin dificultad.

Si se pregunta de qué utilidad pueden ser estos animales, responderemos que la facilidad con que soportan nuestros inviernos, nuestras lluvias y la humedad de ciertos paises, y la manera con que se han reproducido en todos los establecimientos donde se han conservado con condiciones convenientes, permiten creer que gracias á su aclimatacion próxima, servirán de ornato en los parques y de recreo en los bosques como pieza de caza muy semejante al ciervo.

La carne del nilgó, como la de todos los antílopos, es dulce y de un sabor agradable, parecida segun unos á la de vaca, ó semejante segun otros á la de carnero.

Hace poco se veia en el Museo de Historia natural de París, en union con el nilgó, otro antílopo de menos importancia por su tamaño, pero de muchísimo interés por las particularidades de su organizacion.

Hablamos del *tichicara* ó antílopo de cuatro astas (*Antilope quadricornis* ó *TETRACEROS*), notable como lo indica su nombre, por el número de sus largos cuernos, dos de los cuales tienen como los demas de su misma especie sobre la frente; pero los otros dos le nacen entre los ojos (estos no pasan nunca de dos ó tres centímetros de largo) dándole por consiguiente al animal una figura rara.

Su altura es pequeña y no pasa de la de una cabra; la piel es de un rojo uniforme, y se la puede comparar desde luego con ciertos ciervos nacidos en la India, de tal modo que hace tiempo que el *tichicara* ha sido clasificado por los naturalistas entre los ciervos. El primero de estos animales que vino á Europa fué una hembra, de consiguiente carecia de cuernos, por cuya circunstancia se la consideró como una cierva hasta que el cráneo de un macho que llegó despues vino á demostrar el error en que se habia caído. Hace pocos años que este elegante antílopo es bien conocido; solamente desde el año 1824 ha sido completamente descrito, y ha figurado en la coleccion del *Museo de historia natural* de Saint-Hilaire y de Cuvier.

El *tichicara* es originario de Nepal, donde viven en manadas; su carácter es dulce y tímido, y su temperamento delicado, propio únicamente para vivir en paises cálidos, así es que no resiste lo crudo de nuestros inviernos, ni aun usando de precauciones para preservarlo del frio,



Los Nilgos.



lit. de S. J. Martínez.

LA VIRGEN EL NIÑO JESUS Y S^{ta} JUAN.
(Copia del cuadro de Julio Romano.)

